



FRAGMENTOS

UNA REVISTA QUE PIENSA

UNA CARÁTULA DE
CÉSAR CORDERO

FRAGMENTOS

JUNIO 2026

ÍNDICE

1. EDITORIAL

POR JOAN MANUE GIRÓN

3. ESTACIÓN RESONANCIA BARRIO, FÚTBOL Y BESTIA BEBÉ

- TITO MOSQUERA

5. FOTOGRAMAS

5. OFFSIDE (JAFAR PANAHI-2006)

- JUAN GONZALES

6. BALSA DE NÁUFRAGOS

6. EN EL VERDE COMO EN LA VIDA

- MONCHO HERRERA

2. ANOTACIONES DE UN ANALFABETO DEL FÚTBOL

- PÁVEL GARVAL

4. PAUSA DE HIDRATACIÓN, DANZA DE MILLONES

- JOAN MANUEL GIRÓN

7. TINTA, ACUARELA Y FORMAS QUE PIENSAN

- JOAN MANUEL GIRÓN

#004

MIENTRAS TODOS MIRAN LA PELOTA

Hay épocas que no necesitan prohibir el pensamiento, porque les basta con distraerlo. No hacen falta cavernas cuando existen pantallas. No hace falta censurar una conversación cuando es posible enterrarla bajo millones de imágenes nuevas cada minuto. No hace falta impedir que la gente piense cuando puede mantenerse permanentemente entretenida con pan y circo. Quizás esa sea la forma más sofisticada del poder en nuestro tiempo. No impedir que miremos. Sino decidir hacia dónde.

Por eso en este nuevo número no queremos solo hablar de fútbol. Queremos hablar del fútbol, hoy, como uno de los mejores pretextos para comprender una época líquida, donde todo parece estar hecho para emocionarnos y cada vez menos para conmovernos. Tal vez por eso hoy todo busca esa primera ruta. Las campañas políticas. Las plataformas digitales. Las guerras transmitidas en tiempo real. Los discursos. Las marcas. Los mundiales. Todo compite por nuestra atención como si la atención hubiera dejado de ser una facultad humana para convertirse en el recurso económico más valioso del planeta.

Y tal vez eso sea exactamente lo que ocurrió. Nos convencieron de que vivimos en la era de la información, cuando, en realidad, vivimos en la era de la administración de la atención. El mercado ya no necesita vender únicamente objetos. Ahora compra tiempo, deseos, memoria, lenguaje, símbolos. Compra incluso aquello que parecía imposible comprar. La rebeldía misma, el disenso, la diversidad, la identidad, la amistad; el barrio. Y, cómo no, el fútbol. Porque el mercado posee una virtud extraordinaria. No destruye aquello que encuentra. Lo absorbe. Lo vuelve rentable. Lo convierte en experiencia, contenido, tendencia, espectáculo. Después nos lo devuelve envuelto en publicidad hasta que olvidamos que alguna vez perteneció a todos.

Sin embargo, todavía existen lugares donde esa operación fracasa. Fracasa en la memoria, en la conversación pausada, en el arte cuando decide dejar de decorar para empezar a incomodar. Y acaso fracasa también en una revista. No porque una revista pueda cambiar el mundo. Sino porque todavía puede hacer algo profundamente incómodo para cualquier sistema que necesita consumidores dóciles. Puede detener la velocidad. Obligarnos a pausar, a permanecer. Eso, hoy, empieza a sostenerse como un acto de reflexión, de creación, de disposición; y de noble desobediencia.

Moncho Herrera sospecha que una cancha nunca ha sido solamente una cancha. En su texto descubre que el fútbol también puede ser una forma de aprender a perder, de aprender a esperar y, sobre todo, de aprender a vivir. Juan Gonzales abandona el marcador para entrar al cine. Allí encuentra que la épica deportiva comparte la misma materia que las grandes historias: el fracaso, la obstinación y ese extraño deseo humano de seguir creyendo aún cuando todo parece perdido. Tito Mosquera le da la espalda al estadio para volver al barrio. Escucha una canción, una esquina, una conversación cualquiera. Porque antes de convertirse en espectáculo, el fútbol fue una manera de construir comunidad. Pável GarVal escribe desde la intuición del artista. Se pregunta qué imágenes produce el fútbol, pero también qué imágenes produce una sociedad que necesita convertirlo todo en espectáculo para seguir creyendo que todavía comparte un mismo relato. César Cordero no ilustra esta edición. La interviene. Sus dibujos en tinta china juegan otro partido. Uno donde la línea sustituye al comentario y el silencio dice tanto como el texto. Cada trazo parece recordarnos que mirar también es una forma de pensar.

Y yo vuelvo a Estados Unidos 1994. Al primer Mundial que vi siendo niño. Regreso para descubrir que, mientras nosotros aprendíamos los nombres de Romario, Maradona, Hagi o Baggio, otro campeonato comenzaba a jugarse fuera de la cancha; ese que convertiría al fútbol en una de las mercancías más rentables del planeta.

Tal vez por eso seguimos creyendo en una revista. Porque una revista todavía puede hacer algo que ningún algoritmo sabe hacer. Interrumpir. Crear un pequeño silencio en medio del ruido.



ANOTACIONES DE UN ANALFABETO DEL FÚTBOL

PÁVEL GARVAL

Es otoño en este fragmento del mundo. El sol se ocultó en la capital de los microclimas. El llamado Fenómeno del Niño no es más fenómeno, es normalidad. Los obreros trabajan envueltos en sus EPP; el reloj no deja de correr, como el calendario. Las tuberías naranjas son parte de la postal del desorden con olor a desagüe. Hay un viento que la piel agradece; ese viento eleva el polvo que se impregna en la carrocería de los autos, en las viviendas. La intrépida dupla, polvo-viento, ingresa e nosotros sin permiso alguno, por nuestras fosas nasales. La calle se hizo angosta invitando a los conductores al desmadre. El libreto es el mismo: pueblo sin ciudadanía, imprudente; sociedad de la informalidad.

En el Perú se siguen contando votos con gotero. Más de 6 millones no votaron. El próximo presidente ha sido elegido por unos pocos miles de votos de diferencia. La descentralización sigue fracasando y esta sigue siendo una “república” sin ciudadanos, lo que yo llamo una *república fantasma*. Tenemos por primera vez en la historia una mujer presidente elegida; una mujer que carga con un gran «anti» en sus espaldas, pero que también tiene una historia de resiliencia. Espero, con esperanza, que sepa dar alternativas sostenibles de bienestar. En medio de este contexto llegó al Mundial de Fútbol 2026 en el norte de nuestra América. Para este momento Lio, el mejor jugador del mundo, con sus treinta y ocho años, ya hizo cinco goles en el inicio de sus dos primeros partidos.





“Alianza”, como llama mi primo a nuestro bodeguero, me vende lo que él denomina clínicamente como «la dosis»: un brebaje en botellita de vidrio bien helada y un tabaco de contrabando boliviano. Todo por «dos lukitas veinte». Salgo de la bodega. Camino pensando en qué escribiré sobre el fútbol. Me distraigo. Navego en la antropología del edificio boutique y del modernista. No dejo de caminar pensando en qué escribir sobre el que se supone es el deporte más popular del mundo, siendo yo un analfabeto funcional del fútbol.

Pasadas las cuatro de la tarde, estaciono mis pies frente a otro comercio. En la tele se transmite el Inglaterra - Croacia. El marcador señala 3 ENG y 2 CRO. Es decir, Inglaterra había hecho lo necesario para anotar 3 veces y Croacia 2. En ese momento era un partido de cinco goles, eso supone que millones de personas vivieron picos de alegría y tristeza en esos países. Miré la pantalla. Era el minuto 85 y llegó un gol más. El partido pasó a los 6 goles. No fue un «¡simplemente ufffl!». Fue un golazo que escuché en castellano argentino.

Croacia es la selección del chato Modrić, que bien podría ser un «pata» de mi barrio. Ese hombre, flaco y narizón, hijo de la guerra, juega su último mundial. El chato Luka corre tras la pelota, como corrió por su vida, junto con su familia, a inicios de la década del 90 cuando su país buscó su independencia. Sobre la independencia de la República Federativa Socialista de Yugoslavia aprendí en la cocina de la familia Di Franco. Don Alberto, ese rosarino que amo, me enseñó sobre ese conflicto entre meriendas en la Residencial Santa Cruz. Con él, que era más ignorante que yo en los avatares del fútbol, vi el mundial de Francia 98; esos fueron los partidos más geopolíticos que experimenté. Un argentino y un peruano sentados en una cocina viendo el fútbol, disfrutando, sin camisetas, solos con nuestra ignorancia.



Producto de aquella guerra, el chiquillo Luka perdió su casa, quemada, y a su abuelo, fusilado. Así pasa en la vida. Así pasa en la guerra. Seguro alguien dirá: así pasa en el fútbol. El chato desarrolló su talento entre los estacionamientos y pasillos en un hotel de la ciudad costera de Zadar, como refugiado. Allí, entre las alarmas de bombardeo y los silencios del miedo, aprendió a jugar al fútbol.

En su primer partido de este mundial no se fue con una victoria, porque, como en cualquier deporte, en el fútbol, se gana, se pierde o se empata. Esta vez le tocó sumar una lección más desde la derrota.



La historia fue diferente para los ingleses. Pude presenciar su cuarto gol; lo anotó Marcus Rashford en el minuto 85, sellando la victoria definitiva por 4-2 frente a las camisetas azules. Qué golazo vi en la tele. El espigado moreno contuvo el balón, enganchó y colocó la pelota dentro del arco. Los ingleses celebraron en Dallas y yo lo vi desde una calle en Lima, en tele ajena, un clásico de barrio. Fue un gol lindo. No sé si los triunfos sean merecidos o no, solo sé que esta vez ganaron ellos.

No tenía idea de quién era el once de la selección inglesa, así que saqué el móvil y busqué. Marcus también podría ser un «causa» de mi barrio. Proviene de barrio obrero en Mánchester, marcado por la vieja revolución industrial. Empezó a jugar en los suburbios del sur; tiene raíces caribeñas y es hijo de la migración. Tuvo una infancia dura junto a su viejita. Su talento le permitió salir de la pobreza. Qué golazo hizo este “broder” y cuánta alegría regaló al pueblo inglés.

Sí, no soy un hombre de fútbol. En mi familia, sin embargo, hay quienes fueron y son fútbol. Soy Mosquera; mi tío fue Jaime Mosquera, goleador del Echa Muni 1969, junto al Cholo Sotil; Máximo “Vides” Mosquera, quien jugó en Colombia y España y fue comentarista en Radio Ovación, y hoy Roberto Mosquera, el nuevo DT de Cristal... Sí, los Mosquera, por el lado de Pochito, mi viejo, fueron fútbol.



Mi padre me contó que él fue buen pelotero, que jugó con el Trucha Rojas. A algunos me dicen que mi hermano Eric, al que algunos apodaban cinturita, también era bueno, solo que cobarde para el golpe. Quedan mi primo Luis y mi sobrino Luis Ricardo; he podido presenciar como en la cancha mi primo no deja de criar a su hijo. Yo, sin embargo, sigo siendo un aficionado casual, un ignorante futbolero orgulloso de los que son fútbol en mi familia y de mis amigos.

De niño prefería inventar historias con mis juguetes; me gustaba más pintar que patear la pelota. Era malo jugando, en mi defensa debo añadir que nadie me enseñó, tampoco tuve interés en particular por aprender. Pese a ello, jugué mucho a la pelota con mis amigos del barrio: con el Chino, el Moncho, el Negro, el Pancho, el Chemo, el Mantequilla... Jugábamos en «canchas» diferentes. La cancha grande era ese perímetro que construíamos marcando los límites con piedras por lado; no siempre eran dos, porque los hitos siempre fueron las rocas que había, y las piedras en mi barrio se movían. Era un fútbol particular, tenía sus propias reglas; por ejemplo, los goles rodados, o luego los goles hasta las rodillas... normas que nunca vi en el fútbol profesional. Luego teníamos otras canchas conquistadas para cuando éramos pocos, le llamábamos tapa-tapa, un juego reducido donde el arco era un poste de luz y el otro la pared. De esas canchas pequeñas teníamos varias. Luego, no sé quién lo inició, pero entre la esquina de jirón Azcona con jirón Independencia había dos portones de madera; ahí dibujaron arcos con tiza, después de contar con pórticos imaginarios por meses. Ahí también jugamos un fútbol al que llamábamos «portón-portón»... no sé si eso que jugábamos era fútbol, pero jugábamos y nos divertíamos, hasta que nuestras madres salían a silbarnos o a gritar nuestros nombres.

Así, el fútbol estuvo en mi infancia en esas variantes singulares. El fútbol, o jugar a la pelota, es importante por los amigos, por nuestra alegría, por esa simpleza de estar bien alrededor juntos; no importaba la marca, los diseños ni los paños, solo importaba que rodara. Con los amigos juntábamos álbumes que no eran Panini, sino Navarrete. Recuerdo con nostalgia el mundial de España 82, con Naranjito, y el de México 86, donde la mascota fue un charro jalapeño y Argentina venció en la final a Alemania. Recuerdo nuestra alegría y a varios de mis amigos queriendo ser Maradona, una locura.



Hoy sigo jugando de cuando en cuando; no soy bueno, pero ya no soy malísimo. Ahora mido un metro ochenta y tres y me hice más fuerte; chocar conmigo no es igual que cuando era un niño flaquito. Ahora incluso puedo decir que marqué algunos goles (me río solo frente al ordenador).

Es temporada de mundial, uno absolutamente globalizado. El mundial cambió: hay más publicidad, más selecciones, más cambios, más nacionalizados, más apuestas y más pausas en el juego. Los partidos son el soundtrack de estos días. Se ve y escucha en móviles, ordenadores y televisores. Se escucha en la radio; por parlantes o audífonos. Las casas de apuestas seguro están haciendo su festín. Este es el tiempo donde aparecen analistas deportivos en las salas y en los bares, sabedores de técnicas, procesos y estadísticas. Para mí, el fútbol sigue siendo el barrio y mis amigos.

Los álbumes son ahora memoria y mis hijos ven en ellos experiencias diferentes. Amaru y Oriana tienen el álbum de Panini. «Es el último álbum de Panini, pá», me dijo Amaru. Él busca llenarlo para que sea una pieza de colección que algún día pueda vender. Oriana, por otro lado, invirtió en comprárselo para intercambiar figuras con sus amigos del colegio y para identificar jugadores que a ella le parecen «guapotes», además de conseguir la figura de Messi y de CR7. El gran ganador es Panini, no importa quién campeone, ni los intereses de mis hijos.



Yo no detengo mis actividades para ver el mundial; pero sí espero hacer una pausa para la final, como espero que a esta llegue un equipo latinoamericano. Espero también poder verlo con algunos amigos, que entre ellos haya un comentarista apasionado. Yo seguro renegaré y registraré ese momento en la fragilidad de mi memoria.



Llego al final de esta experiencia de escribir sobre el fútbol, contento por haber recordado sobre la infancia, las charlas, los juegos, los amigos, la familia, el ingenio. Al fútbol, más que a los mundiales, le agradezco los amigos y las historias.



FRAGMENTOS

BARRIO, FÚTBOL Y BESTIA BEBÉ



ESTACIÓN
RESONANCIA



TITO MOSQUERA



Conocí a Bestia Bebé allá por el 2022 (o 2021), en días de laburo junto con mi compañero Guille, cuando empezaron a rotar dos temas en una radio de rock en Lima, Doble9. Si bien es cierto que esta radio ha pasado antes rock en español, no es algo que ocurra regularmente. En 2020, en plena pandemia, Bestia Bebé edita "Gracias por Nada", un disco que desprende un aura desconsoladora, fatalista y poca esperanzadora. No cabe duda de que la pandemia había atravesado –como a gran parte del mundo– su lírica y su sonido; eran crudos, realistas y, al mismo tiempo, abrazadores. De ese disco, Doble9 puso en rotación "El Descontrol" y "Un documental sobre mí", tremendos temas que hablan de lo antes descrito.



Pero la realidad era otra, Bestia Bebé es una banda de barrio. Una banda atravesada por el fútbol, la amistad, las chelas y el transitar cotidiano. Es la banda que pones cuando quieres tomar unas birras con tu gente, tal como lo relatan en diferentes canciones.

“Fiesta en el barrio” (del disco “Jungla de metal” de 2015) o “El Verano” (del disco “Vamos a destruir” de 2023) relatan las vivencias de la muchachada por sus calles, entre su gente y sus pericias, entre la belleza de quienes, en algún barrio latinoamericano, se han visto identificados con estas situaciones; el ruido, la comida, la calle, la hermandad y una pelota rodando.



Ante ello, el fútbol, deporte predominantemente latinoamericano también se filtra en sus historias; en su estética, en el compañerismo y el común denominador de una banda que vive ello como toda la sociedad argentina. “Omar” con esa grabación del gran juego de Super Nintendo (International Superstar Soccer) o “Gustavo Costas” (de su último disco “Yendo rápido a ningún lugar”) son una representación de la banda, energía de tribuna popular, cántico de domingo en el Nuevo Cilindro o en la Caldera de Matute, el sentir no decae.

Lo de Bestia Bebé en vivo lo he podido gozar en un par de ocasiones. Ellos prefieren los espacios pequeños e íntimos antes que los grandes escenarios. Prefieren la energía y cercanía de la gente coreando sus temas. En concierto muestran el poder de una banda cuajada que sabe lo que quiere y coloca a toda la tribuna en un éxtasis de hermandad. Bestia Bebé potencia sus grabaciones en estudio en sus presentaciones en vivo; con su descarga guitarrera, letras cercanas y un público entregado al disfrute.

“Luchador de Boedo”, “El Uruguayo”, “Wagen del pueblo” también son muestras de que Bestia Bebé abraza las historias cotidianas con una sinceridad y una simpleza que conectan con la gente, el sentido de comunidad, el fervor, el cántico, el pogo, el banderazo, el sudor –y también las lágrimas–. Bestia Bebé se muestra sin mayores máscaras ni pretensiones, *solo la de ser una banda con la cual te tomarías unas chelas con tus patas; por qué no, cada fin de semana.*

PAUSA DE HIDRATACIÓN, DANZA DE MILLONES

JOAN MANUEL GIRÓN

Mi primer Mundial fue Estados Unidos 94. A veces pienso que esa frase explica más cosas de las que parece.

Tenía 11 años y todavía creía que los mundiales eran una especie de milagro. Durante casi un mes el mundo se ordenaba alrededor de una pelota. Los países dejaban de ser nombres escritos en un mapamundi y se convertían en historias compartidas. En héroes. En villanos. En conversaciones que atravesaban continentes sin necesidad de internet.

Aparecen muchas imágenes ancladas en mi memoria en torno a esas semanas de fútbol. Creo que no tengo tantos recuerdos de un mundial como el de aquel.



Recuerdo a una Bolivia enfrentando a una siempre potente Alemania en el partido inaugural. Todo Sudamérica pendiente en sus televisores. Faltando casi 10 minutos para el término del partido la ilusión del país altiplánico volvió a renacer con el ingreso del Diablo Etcheverry. Lástima que dos minutos después salga expulsado por una reacción contra un legendario Lothar Matthäus.

Recuerdo al Diego atravesando el campo de juego, de la mano de la “enfermera”, caminando hacia el final de una leyenda que todos, acaso sin saber, estábamos viendo por última vez en una Copa del Mundo. Recuerdo a un par de delanteros que cocinaron en mi cabeza la ilusión de no dejar de patear una pelota en alguna calle o cancha del barrio. Eran Romario y Bebeto, dos cracks que jugaban divirtiéndose, como si la felicidad se redujera a abrazar siempre un nuevo pase de memoria.



Recuerdo a una Nigeria corriendo sin miedo, como si la alegría también pudiera ser una forma de rebeldía y de reivindicación. Recuerdo a George Hagi regalándonos uno de los goles más me emocionaron en un mundial. Recuerdo al Pibe Valderrama llevando el peso de un país entero sobre ese cabello imposible de olvidar.

Pero también recuerdo a Roberto Baggio. La cabeza inclinada. La caminata lenta. El penal perdido. Millones de personas mirando cómo uno de los mejores futbolistas del mundo descubriría que la gloria puede durar menos de un segundo.

Y en este marco, recuerdo además, a Andrés Escobar. Siempre vuelvo a Andrés Escobar cuando pienso en lo que podría significar el fútbol. Porque días después de aquel Mundial fue asesinado en Medellín. Un autogol. Seis disparos a quemarropa. Una muerte absurda.



Quizá fue entonces cuando muchos comprendimos, aunque todavía no supiéramos nombrarlo, que el fútbol nunca había hablado únicamente de fútbol. Porque hablaba de nosotros. De nuestras pasiones. De nuestros miedos. De nuestras formas de convivir. Pero, más aún, de nuestras miserias.

Treinta y dos años después, el Mundial vuelve a Estados Unidos. No deja de parecerme una coincidencia reveladora. Mi primer Mundial, el que más recuerdo, y este Mundial. El mismo territorio; dos épocas distintas.

En 1994 todavía creíamos que el mercado servía para organizar la economía. Hoy parece haber adquirido una ambición mucho mayor, como es, organizar la vida. Decidir qué vale la pena mirar. Qué merece nuestra atención. Qué debe recordarse. Qué puede venderse. Y qué puede olvidarse también.

No es casual que el Mundial regrese al país que mejor entendió cómo convertir cualquier experiencia humana en mercancía. La cultura. La política. La información. La identidad. La atención. Todo puede venderse. También el fútbol. Sobre todo, el fútbol.

Porque pocas cosas producen tanta emoción colectiva. Pocas movilizan tantos afectos y consiguen que millones de personas se reconozcan parte de una misma historia. El problema es que cuando algo tiene ese poder, siempre aparece alguien dispuesto a ponerle precio.





Por eso el Mundial parece ahora más una gigantesca feria comercial donde, de vez en cuando, se juega un partido de fútbol. Las marcas ocupan más espacio que los jugadores. Los patrocinadores tienen más visibilidad que las comunidades que hicieron posible este deporte. Las apuestas deportivas crecen más rápido que las escuelas de fútbol. Las transmisiones hablan más de audiencias que de juego. Las federaciones acumulan fortunas mientras miles de clubes sobreviven como pueden.

Y nosotros seguimos llamando a eso fiesta deportiva, fiesta del fútbol. Tal vez porque resulta doloroso admitirlo o porque necesitamos creer que todavía se trata de lo mismo. Pero no es lo mismo. El fútbol nació en otro lugar. Nació lejos de los estadios inteligentes, de los contratos multimillonarios, de las campañas globales. Nació en calles parecidas a las nuestras. En terrenos de tierra. En parques. En barrios. Nació allí donde una pelota era suficiente para reunir a una comunidad entera y detenernos a contemplar a un colectivo.

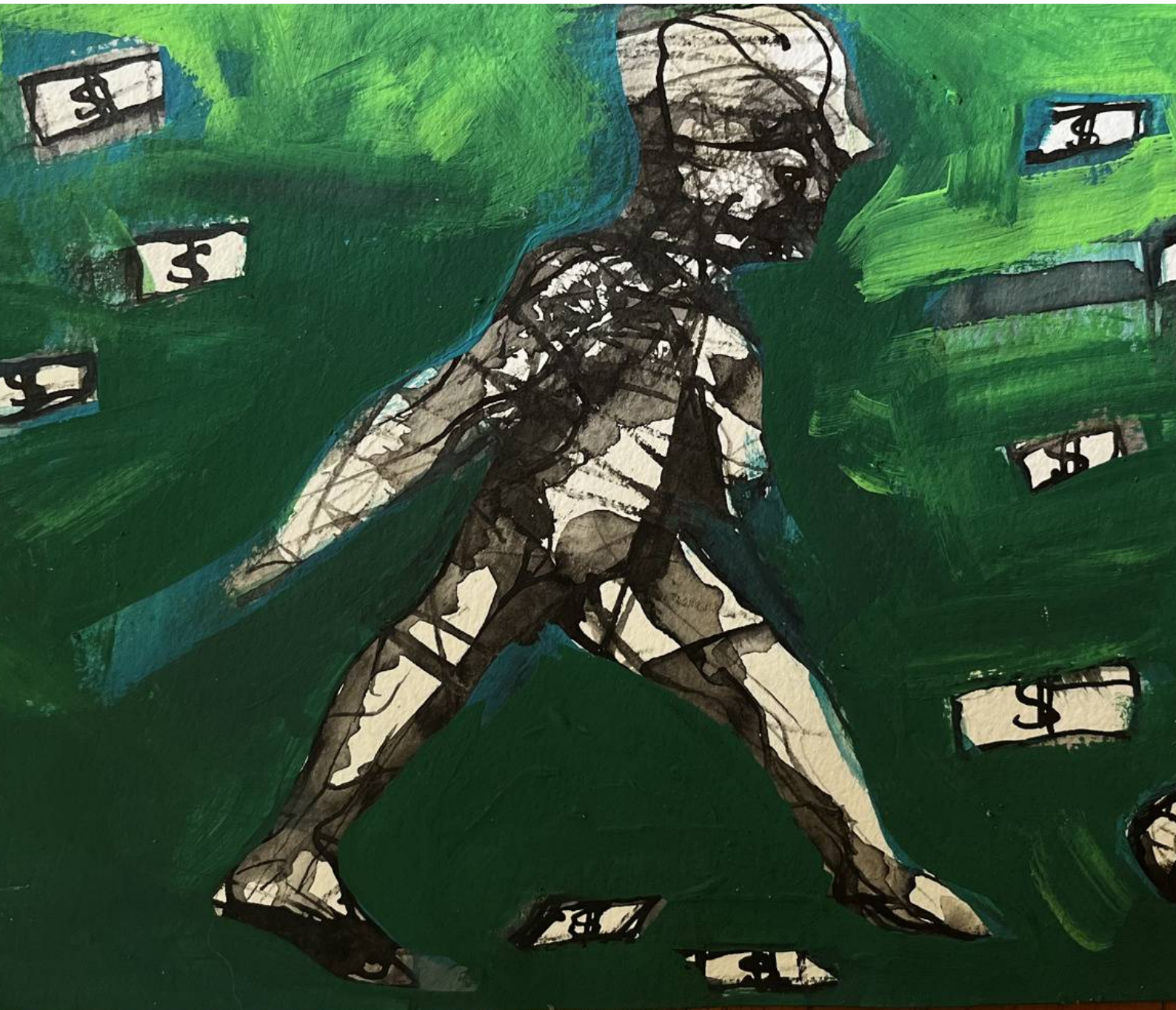
Por eso me cuesta escuchar que el Mundial es la máxima expresión del fútbol. La máxima expresión del fútbol no está en los palcos corporativos ni en las ceremonias de inauguración atiborradas de marcas millonarias. Quizá siga estando en otros lugares. En una niña latinoamericana que insiste en jugar aunque le digan que ese espacio no le pertenece. En los amigos que se reúnen después del trabajo. En los padres que llevan a sus hijos a ver un partido. En los barrios que todavía encuentran en una pelota una excusa para encontrarse y sostenerse.

Quizás el problema no sea que el fútbol genere dinero. El problema es que el dinero haya terminado decidiendo qué parte del fútbol merece existir. Y esa es una discusión mucho más grande que el deporte mismo. Es una discusión sobre el mundo que abrazamos -o nos abraza, o nos aprisiona-.

Un mundo que convirtió la educación en servicio, la cultura en contenido, la amistad en red de contactos y la atención en mercancía.

¿Por qué el fútbol habría de escapar a esa lógica?

Treinta y dos años después vuelvo a Estados Unidos 94. Pero ya no vuelvo para ver a Romario ni al Diego. Vuelvo para hacerme una pregunta. Una que no habla de fútbol. Que habla de nosotros. Es que si hemos sido capaces de convertir una de las expresiones culturales más hermosas de la humanidad en un negocio planetario, ¿qué otras cosas estamos dejando de reconocer mientras las transformamos en mercancía?





Treinta y dos años después sigo viendo mundiales. Sigo emocionándome con algunos goles. Sigo admirando a ciertos jugadores. Sigo creyendo que una pelota puede reunir a personas que jamás se habrían encontrado de otro modo. Pero ya no puedo mirar del mismo modo un mundial. Porque ahora también veo las marcas detrás de los himnos. Los contratos detrás de las ceremonias. Las apuestas detrás de la pasión. Los balances financieros detrás de los abrazos.

Tal vez hacerse adulto consista en eso. En descubrir que algunas de las cosas que amamos también pueden ser utilizadas. Explotadas. Vendidas. Y aún así decidir defenderlas. No de quienes las juegan. Sino de quienes aprendieron a vivir de ellas.

Porque la verdadera noticia de este Mundial no es quién levantará la copa. La verdadera noticia es que seguimos confundiendo el valor de las cosas con su precio. Y esa gran derrota, a diferencia de las que ocurren en una cancha, no aparece en ningún marcador. Aparece en otro lugar. En nuestra incapacidad para reconocer que una pelota nunca fue solamente una mercancía. Fue una excusa. Una grata excusa para encontrarnos.

Y las excusas para encontrarnos son demasiado valiosas para dejarlas en manos de quienes solo saben ponerles precio.



OFFSIDE (JAFAR PANAHI-2006)

JUAN GONZALES



El filme nos coloca ad-ventas del inicio del partido decisivo para la clasificación de Irán, contra Baréin, para clasificar al mundial de Alemania del 2006. Este inicia con el intento de una joven disfrazada de chico, buscando ingresar al partido sin ser descubierta por los guardias que custodian el perímetro del Estadio. Pero, así como ella, hay muchas otras que utilizan los medios de que disponen para poder concretar su cometido.

Se cumplen veinte años de esta pequeña joya del cine mundial (que logro ganar un Oso de Plata en el festival de Berlín), inspirada en un hecho real. El deseo de la hija del realizador Jafar Panahi, por poder asistir a un partido de fútbol de la selección de su país, lo cual era prohibido por las autoridades dado su género. El propio Panahi cuenta que falló en el intento de hacer ingresar a su hija al estadio, cuando de repente, ya sentado, pensando que ella estaba con su mamá de regreso a casa, la ve acercándose con una sonrisa hacia él. Ante su sorpresa, su hija le respondió: "Siempre hay una manera".

FRAGMENTOS

Panahi es el cronista contemporáneo de su sociedad, aquel que, aunque sancionado por dos décadas para filmar, se ha sabido conseguir por todos los medios posibles rodar filmes en los que nos permite con humor e ironía, darnos crudos retratos del dolor y sufrimiento que vive su pueblo. Sus relatos no son de buenos contra malos, sino de seres humanos sumidos en un absurdo continuo que no les permite vivir en libertad. Es decir, pudiendo comprender la razón y sentido de sus acciones. Aunque eso no les retire del todo su humanidad, su capacidad de empatía, de cuidado del otro, de atención ante las necesidades de los demás. Esto se evidencia en *Offside*, en la forma en que Panahi repara en las miradas, y sus matices. En lo obsecuente que pueden ser las personas, así como lo atrapados que se encuentran todos ante un sistema que ahoga y oprime de diversas formas e intensidades a sus ciudadanos. Finalmente nos queda por decir, que Panahi y su cine nos muestran que ahí donde parece no haber ya esperanza, siempre existe una.



FRAGMENTOS

EN EL VERDE COMO EN LA VIDA

Moncho Herrera

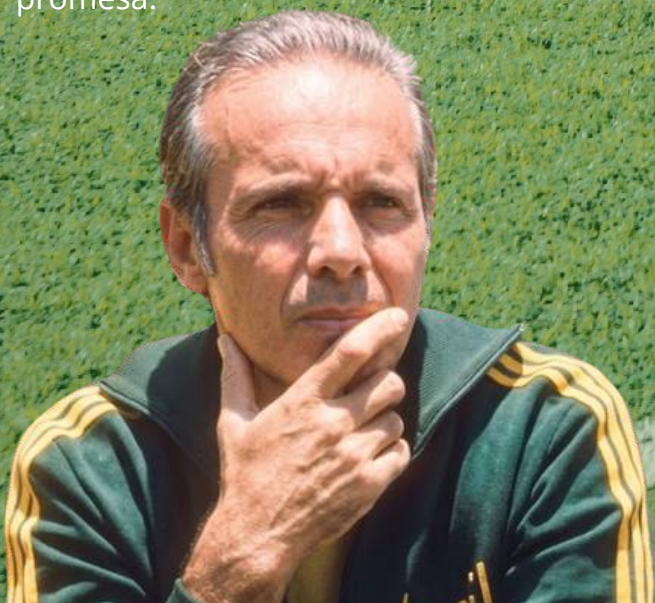
El campeonato interescolar - Lima Metropolitana del año 91 forma parte de la historia del IE "Pedro Ruiz Gallo". Dicha experiencia en la que logramos quedar en octavo lugar de la competencia fue una hazaña que marcó nuestra etapa escolar. No existe reencuentro escolar en el que los detalles de nuestros enfrentamientos contra equipos como el colegio San Agustín o el Leoncio Prado, entre otros, no sean revisitados. No es para menos. Para una población con hambre y necesidad de obtener triunfos en la vida, proveniente de un colegio y barrio anodinos, enfrentar a equipos que - todos los sabíamos - gozaban de recursos y condiciones mucho mejores que los nuestros, resultaba celebratorio.

Observando la única foto que queda como prueba de ese mundo hoy inexistente, recuerdo la queja de los vecinos cuando íbamos a algún parque municipal a entrenar; el apodo que le pusimos a nuestro DT, por su parecido físico o esas ganas de joder propia de adolescentes le llamábamos Lobo Zagallo, ex director mundialista de la verdeamarela; y por supuesto, recuerdo mi asombro renovado por todo aquello que el fútbol me entregaba como promesa.

BALSA DE NÁUFRAGOS



En aquel entonces, la vida se parecía a eso que era capaz de hacer en el verde: aunque esmirriado, era ágil y tenía destrezas que me permitían escabullirme entre las piernas que defensas más fornidos me cruzaba para frenarme, sin conseguirlo. Cuando se trata de fútbol siempre he marchado hacia delante, sin ningún complejo para enfrentar a equipos que me plantearan una dificultad mayor a la esperada; me agrandaba ante el conflicto, el típico jugador que necesita una realidad opuesta a sus expectativas para poner en funcionamiento todo el repertorio de habilidades que tenía a mano para superar aquello que intentaba imponerse. Ganar siempre fue importante, pero no era lo único. Como buen pericotero de barrio, lo que pretendía era pasarla bien y eso significaba también dejar por los suelos a cuanto rival me saliera al frente. En términos físicos, hoy estoy lejísimos de aquello que mi cuerpo podía hacer a la edad de 14 años, pero a diferencia de los primeros años mi capacidad de disfrute es aún mayor.



FRAGMENTOS

BALSA DE NÁUFRAGOS

A distancia crítica de las identidades futboleras que se tornan violentas o el ánimo mundialista que se convierte en mercancía, me aferro a lo que la filósofa Vinciane Despret, con relación a sus investigaciones sobre la ciencia y el mundo animal, llama “dispositivo de entusiasmo”, un modo de acción que despierta deseos, activa disponibilidades y querer, intensifica maneras de estar juntos afectivamente concertadas. Pienso entonces en la energía desplegada por un grupo de amigos para celebrar el día del trabajo mediante un campeonato de fulbito; recuerdo el entusiasmo con que padres de familia del colegio de mi hijo organizan sus pichangas nocturnas; pienso en nuestra organización familiar (y en la de otras familias también) para desplazarnos a campos ubicados en zonas inverosímiles. Y por supuesto me siento orgulloso por nuestro hijo Sebastián, que gracias al fútbol ha ido cultivando su talento y, junto con el talento ha ido ganando en confianza en sí mismo, compromiso por aquello que lo apasiona (y que también apasiona a otros) y respeto por todo aquello que compone la esfera futbolera.

Como si se tratara de una nube que nubla el cielo diáfano con el que últimamente nos sorprende Lima, pienso también en nuestras autoridades deportivas. Contengo la queja y me pregunto: ¿qué nos corresponde hacer como ciudadanos para lograr que nuestras autoridades se contagien de nuestro entusiasmo y podamos lograr más triunfos individuales y colectivos? Como dirían los adolescentes del IE Pedro Ruiz Gallo antes de salir al campo y que en aquel entonces se abrían a un mundo cada vez más difícil e imprevisiblemente rugoso: hay que darlo todo, muchachos, ya nos toca ganar.

TINTA, ACUARELA Y FORMAS QUE PIENSAN

JOAN MANUEL GIRÓN



César Cordero Velásquez es un viejo amigo que se formó como artista plástico en la PUCP. Se especializó en Escultura y mención en Grabado. Su trayectoria lo posiciona como un creador versátil, cuya obra abarca la escultura, la pintura, el grabado, la acuarela y la ilustración.

En 1991 realizó su primera exposición individual en la icónica galería Pancho Fierro, titulada “De los sueños, ellos”, donde presentó un trabajo en acuarelas y técnica mixta. Luego ha expuesto en el Club Regatas, el Centro Colich de Barranco y otras galerías que son parte del circuito limeño.

Su dominio de grandes formatos es destacable. Ha intervenido espacios públicos y privados con murales diversos distritos de Lima. Realizó proyectos de envergadura como el conjunto escultórico para TIM Perú en Larcomar —ocho figuras de tamaño natural— y los dioramas del Museo Kalinowsky en el Parque de las Leyendas. También elaboró murales de conciencia social para UNICEF en zonas populares de Lima, integrando el arte a causas comunitarias.

A lo largo de su carrera ha sido reconocido con distinciones en certámenes nacionales de prestigio, entre ellos el Salón Nacional de Acuarela del ICPNA, el Salón Nacional de Dibujo y el Premio Price Waterhouse para el Arte y la Cultura en la categoría de Escultura. Su labor como docente ha sido igualmente significativa: ha enseñado artes plásticas, escultura y pintura en colegios e institutos de Lima por más de dos décadas, transmitiendo su vocación artística a nuevas generaciones.

DIRECCIÓN EDITORIAL:
PÁVEL GARVAL I JOAN MANUEL GIRÓN

REVISTA DEDICADA AL PENSAMIENTO, LA EDUCACIÓN Y EL ARTE.
UN ESPACIO PARA LEER, PENSAR Y COMPARTIR.

CONTACTO:
INSTAGRAM: @FRAGMENTOS.PIENSA
CORREO: IDEA.LATAM@HAMUTAQCONSULTORES.COM

© 2026 REVISTA FRAGMENTOS I NÚMERO 4
LOS TEXTOS PERTENECEN A SUS AUTORES.